

Belén Altuna
Una historia moral del rostroPRE-TEXTOS
340 PÁGINAS
20 EUROS**Axel Honneth**
La sociedad del desprecio

Traducción de Francesc J. Hernández y Benno Herzog

TROTTA
244 PÁGINAS
20 EUROS**Catherine Hakim**
Capital erótico. El poder de fascinar a los demás

Traducción de Jofre Homedes Beutnagel

DEBATE
368 PÁGINAS
20,90 EUROS**Valentín Roma**
RostrosPERIFÉRICA
208 PÁGINAS
18,50 EUROS

Ensayos de la apariencia Dos filósofos, una socióloga y un ensayista sobre arte confirman la importancia del rostro, una fuente de información fundamental no lingüística sobre la identidad, las intenciones y la moralidad del sujeto

Todo por la jeta

PEIO H. RIAÑO

Imagine confiar en una máscara. Impensable. Necesita fiarse de las apariencias, que éstas no le engañan. Necesita leer lo que lleva escrito en la frente su vecino. Los rostros deben delatar, porque la cara es una fuente de información fundamental no lingüística sobre la identidad, las intenciones y la moralidad del sujeto. El ser humano se hizo animal abierto al mundo y al prójimo "por la apertura del rostro", resumía Peter Sloterdijk. Aunque a alguno le cueste, somos criaturas hipersociales. Poseemos más músculos faciales que ningún otro animal: veintidós en cada lado, generamos más de 10.000 expresiones faciales: una inagotable máquina de mensajes.

Miedo y prevención

La socialización trajo el miedo, la amenaza y la prevención, y la necesidad de administrar confianza y desconfianza sobre un terreno sólido. Exacto, el rostro. De ahí los intentos milenarios de hacer una ciencia con esta intuición. "La cara es el espejo del alma, y los ojos, sus delatores", dejó grabado Cicerón al aventurar una cartografía de la fiabilidad. "Eso es lo que hacemos frente al otro: recoger un plus de información de su fisonomía, de sus gestos, de su mirada, que complete o anticipe sus palabras o actos", escribe la doctora en Filosofía y profesora de Ética y Filosofía de la Cultura, Belén Altuna, en *Una historia moral del rostro*.

Una vez hemos aceptado que la identidad del individuo contemporáneo, usted y yo, es tan ambigua como plural, el rostro sigue siendo "un representante que no hemos elegido". Por este mismo motivo,



"cuando uno se mira en el espejo la primera persona se convierte en tercera persona", continúa Altuna al analizar la condición humana desde su semblante. La profesora repa-

sa la constante antropológica de buscar una relación entre el ser y el parecer, el interior y la apariencia física del ser humano. Su conclusión es que "el rostro del otro

supone el principio de toda moralidad", que obliga a responder, a responsabilizarse.

En esa línea de la dimensión moral y los conflictos sociales trabaja también Axel Honneth, que estudia los motivos del reconocimiento en una sociedad que vuelve invisibles a los que no son semejantes. *La sociedad del desprecio* muestra los procesos que derrotan a la dignidad y justicia, cuando quienes nos miran no son como nosotros. "Son conocidos los ejemplos de situaciones en las que los dominantes expresan su superioridad social frente a los subordinados, apartando que no los perciben", escribe el autor más relevante de la Escuela de Frankfurt hoy. Honneth añade a la forma tradicional de reconocimiento (el amor), el respeto y la solidaridad.

Invisibilidad social

La invisibilidad social es justamente la negación de este reconocimiento. Es una deformación consecuencia de "la individualización de la política social capitalista", cuya tarea es el control de la conciencia social de injusticia. "Las posibilidades de formular y manifestar sentimientos de injusticia social son limitadas y controladas por los procesos estatales o empresariales, para apartarlas bajo el umbral de la articulación política", explica Honneth para aclarar que cualquiera no puede hablar de cualquier cosa.

Precisamente, una prueba de la individualización institucional, que destruye la infraestructura comunicativa, base de una movilización solidaria de sentimientos de injusticia, es el libro de la socióloga Catherine Hakim. En *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás* defiende la idea del éxito a partir de la explotación del atractivo erótico, sobre todo de las mujeres. Tal y como apunta, "la imagen y el comportamiento en sociedad" son la clave del éxito hasta en "las más enrarecidas cimas del escalafón profesional". Y asegura que el "plus de la belleza" afecta incluso a los ingresos. Un 20% más por ser alto o llevar en la cara grabado: soy una fiera en la cama. |

Las mil y una caras

Si todo el mundo quiere ser otro, la voluntad precede a la identidad. Si antes de ser es el querer, el arte es, en la necesidad de formas de representarse, el mejor armario para travestirse una y otra vez, una y otra vez, alterando el rostro, destruyéndolo y multiplicándolo, en un impulso que se paga con la deformidad; como la cara arruinada de Pasolini en Ostia, como los gestos desencajados de Goya en las estampas de los desastres

de la guerra. *Rostros*, de Valentín Roma, es el relato fabulado de una historia del arte vista por un malversador de imágenes, que se apropia de ellas para revelar su naturaleza, estética e ideológica. Y como los rostros de los que habla, él gesticula sobre sus indagaciones, camuflado entre las señas del ensayista y el narrador, entre la investigación y la ficción.

Roma camina rápido: *Rostros* es un ensayo sin parada, incesan-

te, vertiginoso y medido, con el don de la pulcritud del ritmo, que lo convierte en una deliciosa pieza de caza mayor, en la que no falta el humor.

"Resulta imposible cuantificar el porcentaje de aburrimiento que originaron muchas obras artísticas, aunque mirando a los niños de Chardin, especialmente a aquél que permanece absorto ante una peonza, parece fácil advertir cómo la opulencia, el tedio y la pulcritud son, en realidad, puertas que poseen el mismo pomo", escribe Roma en el capítulo *Confesiones e insultos*.

Pelea con todas sus palabras contra el academicismo. Desde el desencanto hipocrita a la transgresión activista, ha desactivado las prebendas que mantiene a la historiografía impasible ante las historias de la historia del arte.

El delirio de Roma nace para ordenar un collage inabarcable, bajo el hilo autobiográfico de una experiencia personal, sin el dogmatismo y la soberbia de autores que, antes que él, han pretendido enseñar cómo se mira un cuadro o una foto o una película. **P.H.R.**

Mural hiperrealista que el artista Jorge Rodríguez-Genera pintó en el año 2010 en la fachada de un edificio de Badalona
LAURA GUERRERO